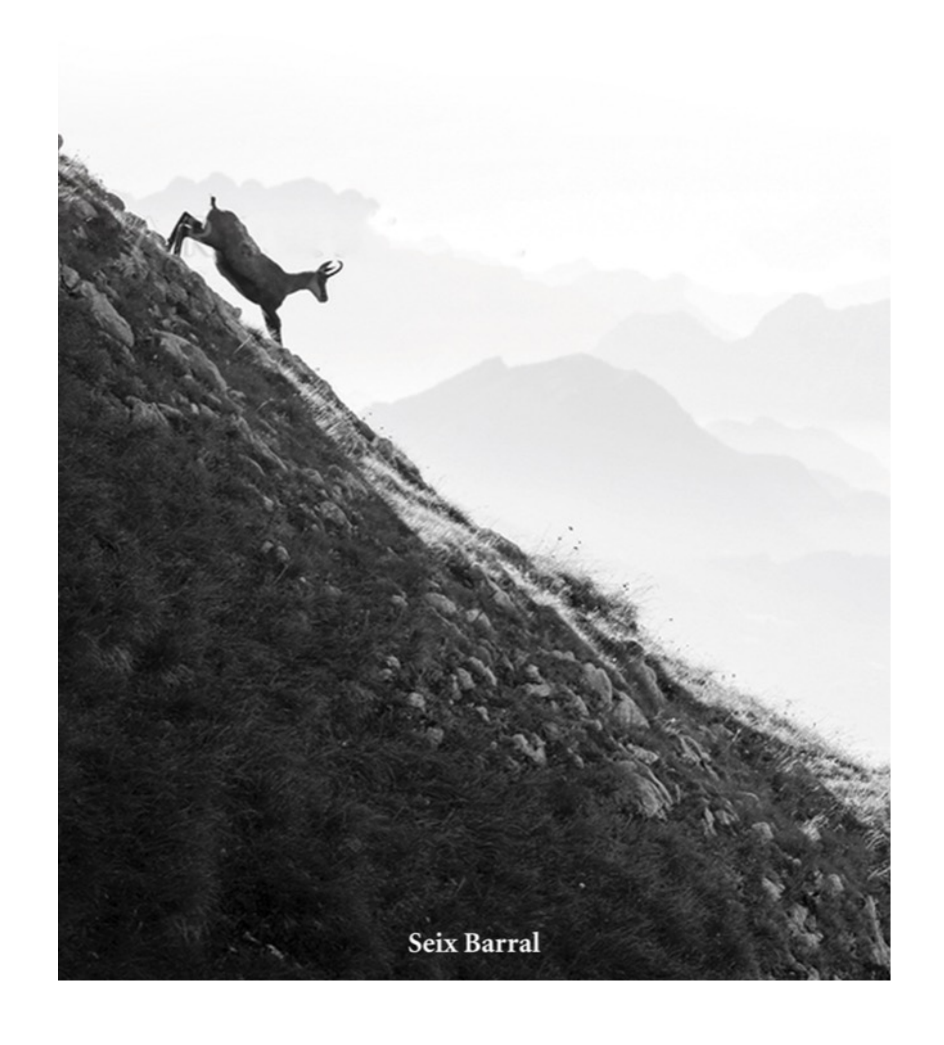
ERRI DE LUCA

El peso de la mariposa



Índice

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:








Sinopsis

Es noviembre y el rey de los rebecos sabe que se acerca a los últimos días de su existencia. Es un ejemplar implacable y el periodo de su dominación ha sido largo. Desde las alturas observa su prolífica descendencia. Aunque el águila es temible porque se presenta por sorpresa, el único rival que puede desafiarlo es el viejo cazador. Es astuto, pero el olor delata al hombre y sus sentidos son muy limitados. Como el rebeco, ocupa una posición de supremacía entre sus semejantes y es consciente de que sus fuerzas se apagan. Lo consideran el último de los cazadores furtivos y le precede un historial de muerte sin parangón. Ningún hombre conoce la montaña como él.

Ambos, el rebeco y el cazador, son ejemplares solitarios y encaran el ocaso de sus vidas. Y ha llegado la hora de medir sus fuerzas.

A través del lirismo y de la evocadora precisión de la prosa de Erri, asistimos al duelo de estos dos mamíferos solitarios, únicos, cada uno soberano en su reino particular.

El peso de la mariposa

Erri De Luca

Traducción del italiano por Carlos Gumpert Melgosa



Biografía

Nació en Nápoles en 1950. A los dieciocho años participó en el movimiento del 68 y posteriormente fue miembro del grupo Lotta Continua. Ha trabajado como albañil y camionero, y durante la guerra de los Balcanes fue conductor de vehículos de apoyo humanitario. Es un apasionado alpinista. Es autor de más de cincuenta obras, entre las que destacan: *Los peces no cierran los ojos* (Seix Barral, 2012), *Montedidio* (Booket, 2012), *El crimen del soldado* (Seix Barral, 2013), *Tu, mío* (Booket, 2013), *Aquí no, ahora no* (Booket, 2014) *La palabra contraria* (Seix Barral, 2015), *Historia de Irene* (Seix Barral, 2016), *Sólo ida. Poesía completa* (Seix Barral, 2016), *La natura expuesta* (Seix Barral, 2018), *El contrario de uno* (Booket, 2019), *Tres caballos* (Booket, 2020) *Imposible* (Seix Barral, 2020), *El peso de la mariposa* (Booket, 2022) o *A tamaño natural* (Seix Barral, 2022). Aprendió de forma autodidacta diversas lenguas, como el hebreo o el yiddish, y ha traducido al italiano numerosos textos, entre ellos algunos de los libros de la Biblia. Considerado uno de los autores italianos más importantes de todos los tiempos, sus libros se han traducido a treinta idiomas. Ha sido galardonado con varios premios, entre los que destacan el Premio Leteo, el Premio Petrarca, el Premio France Culture, el Femina Étranger y el Premio Europeo de Literatura.

El peso de la mariposa

Su madre había sido abatida por el cazador. En sus fosas nasales de cachorro se clavó el olor del hombre y el de la pólvora del disparo.

Huérfano junto a su hermana, sin manada alguna cerca, aprendió por su cuenta. Creció una talla más respecto a los machos de su especie. Su hermana fue capturada por el águila un día de invierno y de nubes. Ella se percató de que estaba suspendida por encima de ellos, aislados en un prado al sur, donde aún resistía algo de hierba amarillenta. La hermana se percataba del águila incluso sin ver su sombra en la tierra, con el cielo cerrado.

Para uno de los dos no había esperanza. Su hermana se lanzó a la carrera en dirección al águila, y fue capturada.

Al quedarse solo, creció sin freno ni compañía. Cuando estuvo listo, salió al encuentro de la primera manada, desafió al macho dominante y lo venció. Se proclamó rey en un día y en un duelo.

Los rebecos no se emplean a fondo en sus enfrentamientos, el vencedor se establece tras los primeros choques. No embisten como los íbices o las cabras. Bajan la cabeza hasta el suelo e intentan introducir sus cuernos, ligeramente curvados, bajo el abdomen del adversario. Si la rendición no es inmediata, ensartan el vientre y lo desgarran tirando hacia atrás con el cuello. Es raro que lleguen a este desenlace.

Con él fue distinto, había crecido sin reglas y las impuso. El día del duelo lucía sobre ellos el magnífico cielo de noviembre y en la hierba había montoncillos de nieve fresca, en minoría aún. Las hembras entran en celo antes del invierno y traen al mundo a sus hijos en plena primavera. En noviembre se desafían los rebecos.

Entró en el campo de la manada de repente, surgiendo en lo alto con un brinco desde una roca. Las hembras huyeron con los pequeños de aquel año, se quedó el macho que pateó la hierba con

las pezuñas anteriores.

En lo alto se amontonaron alas negras de cornejas y grajos. Suspendidas en las corrientes ascensionales, observaron el duelo abierto en forma de libro a sus pies. El joven macho solitario avanzó, golpeó con la pezuña en el terreno y resopló tajante. El choque fue violento y breve. Los cuernos del desafiante abrieron una brecha en la defensa y el cuerno izquierdo enganchó el vientre del adversario. Lo dilaceró con un chasquido de desgarro y en lo alto estalló el fragor de las alas. Los pájaros proclamaban al vencido a ellos destinado. El rebeco destripado huyó perdiendo las vísceras, perseguido. Las alas se retiraron del cielo y bajaron a tierra a devorarlas. La huida del vencido se quebró de golpe, clavó las pezuñas y cayó sobre un costado.

Encima del cuerno ensangrentado del vencedor se posaron las mariposas blancas. Una de ellas se quedó para siempre, por generaciones de mariposas, pétalo que se agitaría al viento sobre el rey de los rebecos en las estaciones de abril a noviembre.

Aquella mañana de noviembre se despertó cansado. Hacía muchos años que dominaba el territorio sin que nadie lo desafiara. Sus hijos, criados en la sociedad de las madres, no conocían su aspereza. Bajo su dominio, no había duelos. Los machos adultos se iban al exilio en busca de otras manadas.

Fue un tiempo de paz en su reino, se moría por la caza del hombre y del águila. A los depredadores, de valle abajo y del cielo, los rebecos les pagaban la deuda de habitar el reino. El hombre cargaba con su captura a hombros y se la llevaba al valle, el águila la consumía en el mismo sitio y después tomaba carrerilla ladera abajo para alzarse otra vez en vuelo.

El águila en el suelo es desmañada. Amodorrada por la comida es poco más que un pavo. Se aleja sobre sus cortas patas y antes de elevarse toca y rebota en el suelo unas cuantas veces. Un águila saciada en el suelo es vulnerable.

El rey de los rebecos mató a una sobre un altiplano. Esperó a que se amodorrara y la atacó después. El águila era incapaz de tomar altura, jadeando quedamente. La manada, estupefacta, había visto de lejos a su rey con el hocico en el suelo arrojarse contra el águila que huía mientras caía una y otra vez. El rey, con un golpe de su cuerno izquierdo, la había ensartado a media altura mientras descendía. Herida, la había pisoteado después saltando sobre ella con las pezuñas, dejándola moribunda. Nunca se había visto nada así, en el reino de los rebecos.

Aquella mañana de noviembre se despertó cansado y supo que estaba en la última estación de su supremacía. Sus cuernos se rendirían ante los de alguno de sus hijos más decididos. Ya había tenido que herir a uno en el vientre, sin ahondar, a uno que pateaba impaciente. Alguno de ellos esparciría sus tripas por el prado y él se convertiría en unos despojos derrotados y vaciados. No debía terminar así, era mejor desaparecer, ese mismo invierno, y que nadie lo encontrara.

No dormía con la manada, ni siquiera en el otoño de la monta. Tenía distintos refugios nocturnos, excavados bajo pinos mugos, en cuevas colgadas sobre rocas friables adonde el hombre no podía subir ni con su olor siquiera. Bajaba hasta la manada a horas distintas, con la niebla, antes del alba, después del atardecer. No le daba a nadie la ventaja de poder preverlo. A su llegada, las hembras le salían al encuentro y los machos jóvenes doblaban la rodilla para rebajarse.

Aquel día de noviembre, el rey reconoció la decadencia. El corazón le latía con más lentitud de las doscientas pulsaciones por minuto, empuje que da oxígeno a los saltos ladera arriba y permite superarlos con ligereza.

Las pezuñas del rebeco son los cuatro dedos del violinista. Van a ciegas y no yerran ni un milímetro. Se deslizan por los barrancos, saltimbanquis en ascenso, acróbatas en descenso, son

artistas de circo para el público de las montañas. Las pezuñas del rebeco se aferran al aire. El callo en forma de cojín hace de silenciador cuando se quiere; si no es así, la uña partida en dos es castañuela de flamenco. Las pezuñas del rebeco son cuatro ases en el bolsillo de un tahúr. Con ellas, la gravedad es una variante del tema, no una ley.

Las apoyó al alba en la niebla densa, que no dejaba ver el terreno, y se las descubrió inciertas. De modo que esperó a que el corazón empujara sus golpes hasta dentro de las uñas y el día creciera junto a los latidos. No quería ceder, inclinar su cuerno izquierdo ante un macho menor, solo más fresco de fuerzas.

Olfateó el horizonte para saber dónde no volvería nunca ni se dejaría hallar. El día de sol frugal secó pronto la hierba, un riachuelo de luz atravesaba desde el este la manada, que abrevaba levantando los hocicos al aire. Estaban muchos metros por debajo de él. Desde su refugio en la sombra vio su fuerza, el número, que tolera las pérdidas. No eran denodados, eran muchos, valor que da fuerzas a los más débiles.

Eran hijos suyos, salidos de las arremetidas de sus caderas. No estaba orgulloso de ello, había hecho la voluntad de la vida. Podían osar el cielo descubierto a plena luz.

Admirables las hembras, que alumbran en mayo subiendo a los pastos más altos. Paren en soledad, después forman grupo con las otras madres. Crían a los pequeños en jardines de infancia vallados por despeñaderos y cielos. Forman escudos con sus cuernos contra las caídas libres de las águilas, sin la ayuda de ningún macho.

Admirables las rebecas, cada una con un pilluelo colgado de la sombra y de sus pezones. El rey las vigilaba desde lejos, satisfecho de ver nacer más hembras que machos.

Le llegó ladera arriba el olor del hombre y de su aceite. Pertenecía al asesino de su madre. Era él, subía para abatir rebecos en solitario, buscaba a su rey desde hacía años.

Dio una patada a una piedra y la mandó a chocar lejos sobre los pedregales escarpados. El impacto hizo que se desplomara una pequeña descarga de guijarros. El hombre al pie de la ladera se volvió hacia arriba buscándola, para remontarse hasta el animal que la había movido. Miró en el lugar equivocado. El rey de los rebecos en la sombra le tomaba el pelo desde hacía muchos años.

El hombre había matado más de trescientos. Apuntaba a lo alto del muslo, un lugar que abatía al animal sin estropear el pelaje. Lo destripaba allí mismo, después se echaba a hombros el cadáver aligerado. Un rebeco macho adulto oscila entre los cuarenta y los sesenta kilos como mucho. El rey excedía de la talla, pesaba más sin duda.

El hombre vendía la piel a los curtidores, la carne a los restaurantes que la compraban bajo cuerda. Subía a menudo en noviembre, cuando los machos se baten y sobre su lomo crece hasta los treinta centímetros de altura el copete de la madurez.

En invierno cazaba para las mesas de los esquiadores, en verano para el apetito de los excursionistas y de los alpinistas, pero en noviembre estaba el trofeo del copete del lomo, que por sí mismo valía el resto del rebeco. Buscaba a su rey desde hacía años, admitía que nunca se había topado con otro como él.

Animal asesino el hombre, que abatía a los hijos del rey de los rebecos desde lejos, animal que bullía en el valle y emitía un ruido de trueno cuando reinaba el sereno. Animal solitario ese que subía hasta ellos para emboscarse, para llevarse consigo. Incluso así los rebecos lo preferían al águila, que aparece de repente sin avisar con el olor, en días de nubes y de niebla, y empuja al vacío a los pequeños para devorarlos abajo hechos trizas. Mejor el hombre, que se deja notar desde lejos y que espanta a las águilas. De él siempre se percatan los rebecos.

El hombre tenía ya cierta edad, gran parte de su vida subiendo para cazar furtivamente animales en la montaña. Se retiró para dedicarse a ese oficio después de una juventud pasada en la ciudad entre revolucionarios, hasta la desbandada.

Durante cierto periodo del siglo pasado, la juventud se dio una ley distinta a la establecida. Dejó de aprender de los adultos, abolió la paciencia. En la montaña ascendía cimas nuevas, en la llanura se daba nombres de batalla. Quería ser primicia de tiempos opuestos, declaraba falsa toda moneda. No tenía derecho al amor, pocos de ellos tuvieron hijos durante los años revolucionarios. Nunca más se vio empeño semejante por darle la vuelta al plato, en una juventud. Un plato boca abajo no contiene mucho, pero posee una base más ancha, está mejor plantado.

Se había retirado a las montañas natales y había reemprendido la caza furtiva. Vivió en chozas abandonadas, vivacs de alpinistas. Después, cuando alguien le dejó un refugio de piedra en lo alto de un bosque, lo adaptó a sus medidas. Era una sola habitación, fuego y agua. La única mejora: doble ventana y en medio metía musgo, que absorbe el viento. Se echaba a los hombros los rebecos sacándolos de rocas espantosas para todo aquel que las viera, siguiendo senderos invisibles rastreados por sus pezuñas leves, apenas una marca de lápiz sobre los precipicios. Socializaba poco con la aldea cercana, pero los conocía a todos y en cierto modo lo protegían. Cada aldea tiene un santo y un bandolero. No pesaba sobre él orden de captura alguna, era un furtivo, pero ningún guardabosques había podido sorprenderlo in fraganti.

Iba por las montañas con un 300 Magnum y balas de once gramos. No dejaba herido al animal, lo abatía de un solo disparo. Sabía llegar a favor del viento, se quedaba quieto durante horas mientras caía la helada, escalaba ágil en la ascensión y el descenso.

Aquel día de noviembre se levantó con el cansancio en las piernas, recién levantado le pesaba ya un jadeo de final del día.

Fue el sol lo que le persuadió para coger el zurrón. El arma estaba desde la noche anterior junto a la cama, quien vive solo debe estar listo. Salió con el café humeándole en la cabeza.

La noche anterior había habido vino en la aldea y un trasiego de personas en la taberna, que acudían a saludarlo. Se celebraba el aniversario de una de sus ascensiones, que veinte años atrás había despertado palique y admiración.

El alpinismo era para él una técnica al servicio de la caza, para llegar hasta donde otros no podían. Al principio se veía por ahí a otros cazadores furtivos: habían desaparecido, por edad, por renuncia.

Hacía veinte años escaló una vertiente aún imposible para sorprender desde lo alto a una manada de rebecos, inalcanzables desde la vertiente buena por estar demasiado al descubierto. Subió con el fusil en bandolera, él solo, por la pared virgen. Bajó por la vertiente opuesta con el rebeco sobre los hombros.

En la aldea, tras la venta de la carne, se había tropezado con unos alpinistas venidos de fuera que se preparaban para la empresa de abrir una vía por aquella pared. Dijo que la ascendería antes que ellos, solo y sin cuerdas, sin protección, al día siguiente. Apostaron contra él y se acumuló una buena cantidad. Al día siguiente repitió la escalada ante sus propias narices hacia arriba, sin el estorbo del fusil ni del zurrón. Para ellos era una empresa sin parangón, para él un recurso para que no le olfatearan los rebecos. En las empresas, la grandeza consiste en tener una cosa muy distinta en la cabeza.

Tras ganar la apuesta, no quiso quedarse con la cantidad jugada, revelándoles que ya había ascendido la pared. Se ganaba la vida con los rebecos, no con los alpinistas.

Aquella noche sonó para los presentes la armónica. Era su manera de estar junto a los demás sin contestar a ninguna pregunta.

El día de noviembre refulgía, un día perfecto para quien es joven y destella energías. De estas recordaba el aroma a cuero engrasado y a primera nieve. Ahora le robaba las energías al aire, las absorbía del fuego, las protegía del viento. Era un trozo de pan seco de esos que se restriegan en el arenque colgado de la viga, para que recobre algo de sabor.

Aquel día le molestaba el olor a lubrificante del fusil. No quiso enmascararlo envolviendo el arma en la funda untada con excrementos de rebeco, para enredar su olfato profético. A centenares de metros de distancia levantan el hocico, absorben el aire por una fosa nasal cada vez, una mueca divertida como diciendo, para tomar el pelo, ¡por mí y por todos mis compañeros!

El sol de noviembre embadurnaba el olor del hombre por todas partes, una grasa rancia que ningún estiércol podía camuflar. El aire de noviembre denuncia al hombre ante toda la montaña.

Salió, con un porte endurecido que acompañaba a los pasos, el dolor en la rodilla anunciaba el cambio de estación. Se venían encima las nieves, de esas que se quedan. El humo del café se confundió con las últimas setas del bosque. No iba en su busca, las dejaba en paz. Debía subir a dos mil trescientos metros dando la vuelta a media montaña. Estaba cansado. Había abatido su rebeco número trescientos seis un mes antes. Era un macho robusto, herido por un desgarrón en el vientre. No era profundo, no había llegado al paquete de vísceras. El rey de los rebecos debía de estar aún en la cumbre del reino para haber vencido a un macho tan fuerte. Dos veces lo había visto con los prismáticos: un par de cuernos como nunca habían crecido en la cabeza de ningún otro ejemplar y en el lomo un copete erguido hacia lo alto como cola de gallo. Por aquella herida en el vientre había sabido que el rey seguía aún vivo. Debía de ser su última estación, no quedaba tiempo para derrotarlo. Desaparecería, ocultándose en algún agujero para morir.

El rey de los rebecos: era divertido que en el valle le llamaran así a él, al cazador. Consentía que lo hicieran, pero para sí mismo prefería el título de ladrón de ganado. Robaba al amo de todo, que consentía dejarse quitar, pero llevando la cuenta. Cada día era bueno para pagar todo el saldo de una vez, incluso aquel día tibio y veloz de noviembre. Había vivido a costa del amo. Había gorroneado las viandas allá donde se las encontraba servidas, sobre los barrancos, en las nieves en las que uno se hunde hasta el anca, entre las rocas puntiagudas y las gargantas desfiguradas por las avalanchas.

Había perseguido ciervos, corzos, cabras montesas, pero sobre todo rebecos, los animales más perfeccionados para la carrera por encima de los precipicios. En esa preferencia admitía el empellón de la envidia. Se movía por las paredes a cuatro patas sin una pizca de su gracia, sin la distracción con la cabeza alta del rebeco, que deja que se encarguen los pies. El hombre podía escalar incluso dificultades superiores, ascender recto donde ellos giran, pero seguía incapaz en su entendimiento con las alturas. Ellos vivían allí dentro, él era un ladrón de paso.

Había visto a los rebecos saltar los precipicios en plena carrera, uno detrás de otro, ejecutando una idéntica secuencia de pasos en su impulso de una orilla a otra. Su salto era un remiendo entre dos bordes, un punto de sutura sobre el vacío. Tenía que ver la envidia por la superioridad del animal, como cazador admitía la bajeza que inventa la estratagema, la emboscada desde lejos. Sin certeza de inferioridad falta el impulso para ponerse a la altura.

Caso distinto es el del pescador, que no envidia habilidad alguna en el pez, solo quiere derrotarlo. Es depredador que captura en masa, no sigue a un ejemplar solo, excepto Ahab en Moby Dick. Ni carga con el animal sobre los hombros. El pescador es lo contrario.

Cuando era un crío iba de pesca furtiva con un anciano que se lo llevaba como mozo. Remontaban torrentes pendencieros entre las rocas, había que encaramarse a bordes desmoronadizos, siguiendo gargantas ensordecidas por el estruendo. En lo alto, cerca de los manantiales, se abrían las pozas. Allí arrojaba el anciano trozos de explosivos cebados con mechas cortas. Era una variedad de la dinamita, la cheddita, empleada en las canteras de mármol. Exudaba gotas de glicerina que no podían agitarse, cuidadito con tropezar con aquello encima. De niño, uno no piensa en tropezar, son pensamientos de edad adulta. El chico llevaba el explosivo, el adulto los detonadores. El arte consistía en que la explosión fuera a flor de agua, no a más altura, para no dispersar la onda de choque. El impacto excavaba un agujero en la poza, que se cerraba sacando a flote todas las truchas que había por ahí.

La primera vez se lo recriminaron:

—Tramposo, se usa el cuévano para los peces, que deja pasar el agua, no el macuto.

Donde él vivía se decía el macuto, no la mochila.

No era oficio para él vaciar los ríos con dinamita. Durante muchos años no volvía a crecer nada.

El rey de los rebecos: sabía bien a quién le correspondía el título. El de verdad había sido mejor que él, más fuerte y preciso. Él podía ser un rey de los rebecos, pero solo para los hombres.

Aquel día se apoyaba en un bastón de carpe para soportar el paso. El aire ascendía tibio, hacía flotar las alas detenidas en lo alto, llevaba el olor a hombre derecho a las fosas nasales de los rebecos. Debía aproximarse desde arriba, subir más alto que ellos.

Los animales lo habían notado, sabían que andaba por allí y sabían también que estaban en un prado al que era difícil acercarse al descubierto. Si el olor aumentaba se dispersarían hacia lo alto.

Engordaban para compensar el invierno, amontonaban en las

caderas las calorías de la resistencia. Su pelaje se ennegrecía, reluciente, embutido, en noviembre alcanzaban lo mejor de sus sentidos.

La manada sabía que en un día así el rey no venía de visita, no antes de que oscureciera. Los machos hacían ademán de medir sus fuerzas sin llegar a la temperatura del duelo. Uno de ellos consiguió montar a escondidas a una hembra en su primer celo. El estro de la rebequita encabritaba sus hocicos. En su lomo, cerca del cuello, una glándula sexual desprendía olor a almendras.

El hombre pasó a doscientos metros en línea recta por debajo de la manada. No podía verlos, a muchos saltos de roca por encima. Ningún sentido le daba la certeza de que estuvieran allí. Son escasos los sentidos con los que la especie humana está dotada. Los mejora con el compendio de la inteligencia. El cerebro del hombre es rumiante, mastica una y otra vez la información de los sentidos, la combina en probabilidades. El hombre es así capaz de premeditar el tiempo, de proyectarlo. Es también su condena, porque le da la certeza de morir. Aquel día de noviembre, el hombre sabía que estaba frisando su término. Podría ser su última vez detrás de la manada, o bien la penúltima. El hombre no soporta el final, después de haberlo sabido se distrae, confía en haberse equivocado en sus previsiones.

Era justo para él morir sobre las rocas, como un rey de los rebecos, un rey menor. Sonrió, porque sabía soplar el re menor en la armónica.

Uno de los refugios del rey de los rebecos estaba debajo de un pino mugo, excavado por él mismo con los cuernos y las patas. Era un arte desconocido para la manada, él lo había aprendido para ocultarse. Su especie sabía rascar la nieve con las pezuñas para buscar algo de hierba desteñida. Él había aprendido a remover la tierra.

Se había metido debajo de un pino mugo para escapar del

olor cercano de un hombre. Cuando se alejó, retiró unas piedras con las patas y se excavó un buen abrigo. Bajo el techo de ramas levantaba el hocico de noche hacia lo alto del cielo, un pedregal de guijarros iluminados, con los ojos ensanchados y el aliento humeante miraba fijamente las constelaciones, en las que los hombres trasvén figuras de animales, el águila, el oso, el escorpión, el toro.

Él solo veía los fragmentos desgajados de los rayos y los copos de nieve sobre el pelaje negro de su madre, el día en que huyó de ella con su hermana, lejos de su cuerpo abatido.

En verano, las estrellas caían a migajas, ardían en vuelo apagándose sobre los prados. Entonces acudía a las que caían cerca, a lamerlas. El rey saboreaba la sal de las estrellas.

Se guardaba para él sus experiencias. Crecido sin una manada, no sabía transmitir. Podía difundir en su descendencia la fuerza y una talla mayor, nada más. Su potencia provenía de dos alimentos opuestos: excavaba y mordía raíces, y además había aprendido a comer los vástagos de la cúspide de alerces y abetos. Buscaba donde su especie no sabía, bajo tierra y en lo alto. Los rebecos comen lo que está al alcance de sus hocicos, él se hizo con otras cosas. Los vástagos de la cúspide de los árboles: no era una jirafa para alcanzarlos. Había aprendido a seguir a distancia a los leñadores. Cortaban la planta, limpiaban el tronco de sus ramas laterales y dejaban los vástagos de la cúspide. Servía para esto: la cumbre del árbol sentía el final de la linfa y absorbía toda la del tronco, que así se secaba antes, haciéndolo más deprisa.

El rey de los rebecos iba a masticar los vástagos de la cúspide que contenía el concentrado último de la vida del árbol.

En toda especie son los solitarios los que se atreven a experiencias nuevas. Son una cuota experimental que va a la deriva. Detrás de ellos, la estela abierta vuelve a cerrarse.

Era asiduo también de los bosques, arrancaba con los labios

las flores violetas que junto a las amarillas seducen a las abejas. Le gustaba el rapónchigo de roca que florece sobre las paredes cortadas a pico, haciendo que le baste una uña de mantillo. Sobre su cuerno izquierdo flameaban como una banderita las alas de una mariposa blanca.

Mientras el día giraba desde el este hasta el sur, la sangre del rey calentó las pezuñas de las patas. Probó su equilibrio levantando al aire las anteriores, apoyándose sobre las traseras, posición poco práctica para un animal dotado de cuatro apoyos.

La especie humana había liberado las manos, alzándose sobre los pies, pero había perdido en velocidad. Al escalar regresaba a las cuatro patas, pero como analfabeto. El rey de los rebecos volvió a apoyar en el suelo las patas anteriores. Su cansancio dependía del corazón, no de sus cuatro resortes prodigiosos. Salió de su madriguera bajo el pino mugo notando cómo el olor del hombre subía con las corrientes ascensionales, el olor del asesino de su madre y de los suyos.

El hombre rodeó casi media montaña, después escaló una grieta que iba ensanchándose como una hendidura, hasta permitir que cupiera un cuerpo. Se volvía tan ancha como la boca de una chimenea, el aliento en la sombra salía igual que el vapor. Superó escalando la altura de la manada, siguió hacia arriba hasta una terracita. Desde allí un sendero estrecho rodeaba la pared. Lo recorrió hasta divisar abajo el prado de los rebecos. Su olor se alejaba hacia lo alto, lejos de sus mucosas.

El rey no estaba. Jamás estaría en un día de blancos tan fáciles. La pared estaba al sol, el aire subía desde abajo con el ímpetu de un ascensor. Alas negras se dejaban elevar hasta la cima.

El hombre se tumbó sobre un pedregal que daba al precipicio, alargó el cuello por encima del borde, olisqueó el aire a la usanza de los rebecos.

Le sorprendió aspirar el aroma a almendras de las glándulas, que

estaba tan abajo. Los sentidos dan una postrera agudeza en el tiempo final de la vida, un arrebato. Lo sabía y añadió la extraña capacidad de su olfato al cansancio de aquellos días. Estaba jadeando, no era solo el esfuerzo, sino un principio de hundimiento.

Tumbado sobre las piedras recobraba un lugar de supremacía, espiaba sin ser visto. Por encima de él se perdían los gritos de los pájaros. Desde luego, no avisaban a los rebecos del intruso. Los pájaros por encima de él estaban del lado de la caza.

El cañón del fusil había recogido hilos de telarañas en los pasajes. Los dejó ahí, eran un buen augurio, obra del mayor cazador del mundo, que dibuja trampas en el aire para capturar alas. La araña era un colega. En su habitación, los hilos de las telarañas estaban tendidos alrededor de la ventana. Relucían al sol para enmarañar los vuelos. Las arañas fijan redes con un centro y esperan. Las presas acuden a ellos. El hombre debía escalar para ir hasta el centro de las presas. La araña era el mejor cazador. En su posición aún a la sombra, el hombre veía relucir al viento un hilo de telaraña pegado al cañón de su fusil.

Fue a posarse allí una mariposa blanca. La espantó con un gesto leve, para que se alejara sin tocarla. Su vuelo entrecortado, anguloso, era lo contrario de la bola de plomo cargada en la oscuridad del cañón reluciente, con su línea recta dirigida hacia el objetivo grande. Una mariposa sobre un fusil le toma el pelo. Su puntería es objeto de mofa por el vuelo entrecortado que, caiga donde caiga, lleva consigo el centro alcanzado. Donde se posa la mariposa, es el centro. El hombre la apartó con un gesto lento y un resoplido de despedida.

Su vista no tenía necesidad de lentes. Se la enjuagaba en un torrente que estaba tibio incluso en invierno, no se helaba en la

fuente, sino más abajo. Bebía a sorbos y abrevaba sus ojos también. Los dientes eran todos suyos. Escrutó a lo lejos, vio la aldea en el valle y creyó escuchar un tañido de campana. Estaba íntegro aún, pero los sentidos afilados denunciaban un derrumbe. Sonrió, tenía una cita esa tarde con la mujer que lo había convencido. Le había permitido que se reuniera con él en su habitación de la linde del bosque. Esa era también la señal de una grieta.

Considerado el último cazador furtivo, su reputación había ido creciendo mientras los demás se retiraban, fueran ancianos o no. Los guardabosques no eran capaces de acabar con él. Iba donde ellos no se arriesgaban.

La montaña esconde, tiene callejones, buhardillas, subterráneos, como la ciudad de sus años violentos, aunque más secreta. Tenía escondrijos diseminados, depósitos con fusiles y cartuchos, refugios y vivacs invisibles. Salía de casa con el arma declarada, iba hasta uno de sus escondrijos, allí cambiaba de arma y se iba de batida.

A un furtivo antes o después un resbalón nunca le falta, le cae un juicio, a él no. El alpinismo le había servido para mejorar sus vías de fuga. Ascendía para dispersar sus huellas, un alpinismo opuesto al de los escaladores que dejan señales a su paso, piedras amontonadas cual mojones, clavos en las paredes, cruces en las cimas. No entendía lo de las cruces: sin el crucifijo eran la firma de un analfabeto, al final de un acta de la geografía. En la cumbre Miara del grupo del Sella, en cambio, estaba colgado un Cristo de madera de tres metros. Expuesto a las materias, detiene, con los brazos abiertos, como un dique, el tiempo, para que no se precipite sobre todo el valle de un golpe.

Conocía su territorio mejor que cualquier otro ejemplar de animal. El hombre está dotado para la geografía, es la medida que mejor aprende incluso sin colegio.

En otros tiempos había compartido la montaña con un oso. Se cruzaban a menudo y se detenían a distancia de pocos pasos. El oso olisqueaba al hombre, el hombre miraba al suelo, de lado, hacia arriba. Después se separaban. El oso se comía las vísceras de los animales que él abatía. Podía haber vendido también el oso y su piel, pero no se mata a un ejemplar único. El animal murió al final de viejo, encontró sus restos en un bosque de la vertiente norte y los enterró.

Se cruzaba también con el águila, que desciende para recuperar el cachorro de rebeco que ha dejado caer. El águila, molesta, vuelve a elevarse en vuelo, lenta en su despegue. No disparaba a esa maravilla de criatura. De joven había bajado a robar un aguilucho en el nido, en el valle se lo pagaban bien. El nido no está en las cimas, el águila no es tonta, lo coloca a media pared. Va a cazar más arriba, así lleva hacia abajo la presa capturada. Qué potencia de garras: abre con ellas el pecho del rebeco y lo desgarra para comerse el corazón.

Es noviembre, el hombre siente cómo cae el cierre metálico del invierno. En las noches en las que el viento arranca de sus raíces los árboles más expuestos, la piedra y la madera de la cabaña se restriegan entre ellas y emiten una cantilena. El fuego chasquea besos de consuelo. La aspereza de fuera da empellones, pero la llama encendida mantiene unidas madera y piedra. Mientras brilla en la oscuridad, la habitación es una fortaleza. Y está también la armónica para contradecir los gritos de la tempestad.

En invierno, el hombre talla algunas empuñaduras de bastón en cerezo, que crece silvestre al fondo del valle. En verano va a venderlas al pueblo. Graba en la empuñadura una cabeza de caballo, una seta, una estrella alpina. Las cortezas del cerezo dejan en la habitación un olor a horno apagado.

Cuando remite la tormenta, deja la nieve acurrucada cual clueca sobre la cabaña. La péndola con la voz del cuco de madera tañe los golpes de un pollito dentro del huevo. El cuco de madera tiene la voz de mayo, tan extraviada como la de un profeta en la ciudad alborozada.

El hombre, en invierno, solo debe resistir en su cáscara. Piensa: ninguna geometría ha deducido la fórmula del huevo. Para el círculo, para la esfera está la pi griega, pero para la figura perfecta de la vida no hay cuadratura. En los meses con el blanco encima y a su alrededor, el hombre se vuelve visionario. Con el sol en los párpados deslumbrados, la nieve se transforma en fragmentos de cristal. El cuerpo y la sombra dibujan el artículo «el». El hombre en la montaña es una sílaba en el diccionario.

En las noches de luna, el viento mueve el blanco y manda las ocas por la nieve, una vieja forma de decir que fuera pasean los fantasmas. Los conoce, a su edad los ausentes son más numerosos que los que quedan. Por la ventana ve pasar sus blancos de oca sobre la nieve nocturna.

Es noviembre, y ante él está el invierno que ha de venir, inmenso para albergarlo. Le ha rondado la idea de bajar al valle este año, de invernar en el pueblo. Es la primera vez que asoma, entre los pasos de la ascensión, tal pensamiento. El hombre da una patada a una pequeña piña de mugo. Sin él, la cabaña se derrumbaría de melancolía.

El hombre no cuenta muchas cosas. Eso empuja a los demás a completar, agrandando los detalles. Una periodista se había obcecado con la idea de seguirlo, de espiarlo. Había pagado a un guía alpino para que la condujera tras sus huellas. El hombre se los quitaba de su andadura fácilmente. Donde ellos se veían obligados a atarse en cordadas, él subía en escalada libre, rápido. Entonces la periodista se le había declarado, acercándose a él en la aldea donde se aprovisionaba. Le había ofrecido una compensación. Eran

los meses veraniegos. El hombre la estuvo escuchando, después le contestó:

—Lo pensaré.

No estaba acostumbrado a tener delante a una mujer, le provocaba molestias en la nariz el olor perfumado con el que las mujeres marcan el aire. Se le habían removido los humores en la tripa.

Un hombre poco asiduo a las mujeres se olvida de que tienen muy superior la voluntad. Un hombre nunca llega a querer como una mujer, se distrae, se interrumpe, una mujer no. Ante ella, se sentía acosado. De haber sido un guardabosques, se las habría apañado. Pero una mujer es esa tela de araña tendida en un paisaje, que se pega a la ropa y se deja llevar. Le había echado encima sus pensamientos y no conseguía sacudírselos.

Un hombre poco asiduo a las mujeres es un hombre sin. No es un hombre y ya está, sin más que añadir. Es un hombre sin. Puede olvidarse de ello, pero cuando se las encuentra delante, lo sabe otra vez.

—Lo pensaré.

Era verdad, pensaba en la mujer, en su voluntad de sacarle una historia, a él, que en la taberna se quedaba escuchando las de los demás, y ante la pregunta «¿Y tú?», contestaba levantando el vaso a la salud de los presentes, para engullir la respuesta. Si insistían, sacaba del bolsillo la armónica y soplaba en ella su música. No podía añadir su historia a la de ellos. Por cada cosa que los demás narraban, él había hecho algo peor. Riesgos, desventuras, ferocidades, por los relatos de los demás sabía que era el peor. A la mujer no podía contestarle con el aliento de la armónica. Se lo estaba pensando.

A sus sesenta años, su cuerpo estaba bien afinado, compacto como

un puño. Y la mujer, ¿cómo era? Como la mano abierta en el juego de piedra, papel, tijera, la mano que gana porque se vuelve papel alrededor de la piedra y la envuelve. La mujer era el papel en el que acababa encerrada su historia. ¿Y la tercera figura del juego, la tijera? Esa era el rebeco, con sus cuernos ganaría al papel, quién sabe cómo.

Se lo estaba pensando y lo aplazaba. Aquel otoño se percató de su cansancio en el pecho y en las piernas. Se decidió a decirle que estaba dispuesto. Se pusieron de acuerdo en el pueblo, ella subiría a su habitación a mil novecientos metros de altura, donde el bosque se disemina antes de abandonar. Allí, entre sus cosas mudas, intentaría contestar.

La mujer controló con el freno puesto en la cara su satisfacción por la brecha abierta y le estrechó la mano, para cerrar el acuerdo. No era papel el contacto con los dedos y la palma. Era la intimidad sin pudor disfrazada de gesto de saludo. Tocar la mano de una mujer, para un hombre sin, es un salto en la sangre. No deberían tocarse, el hombre y la mujer, fingiendo que se trata de algo muy distinto. El gesto de la mujer, fue ella la que buscó su mano, cruzó las fronteras de los cuerpos, intercambio de amantes ya para él.

Se miró la mano y se la metió en el bolsillo junto a la otra. Se habían puesto de acuerdo, ella iría sin magnetófono. En el camino de regreso él restregó la mano en un alerce, no para borrar sino, al contrario, para conservar el contacto bajo la resina. Era para el día siguiente, al regreso de su paseo por los montes. Era el último paso del otoño, después vendría la nieve y su magnífico silencio. No hay otro que merezca el nombre de silencio, aparte del de la nieve sobre el tejado y sobre la tierra.

Un guijarro de río le sirve para partir la forma redonda del pan de centeno, lo desmigaja en la leche. Con una rodaja de queso, es su cena.

El invierno es una tenaza alrededor de la cabaña, al salir hunde sus pasos sobre las cimas de los árboles. Va a procurarse

queso y leche a la última masía que ha quedado en lo alto. Hay que cruzar dos barrancos expuestos a las cargas de nieve listas para despeñarse. Va de noche, cuando el frío aprieta los lazos de las avalanchas.

Baja al pueblo cuando el tiempo se serena, una vez al mes para cargar la mochila con patatas, cebollas, arroz y lentejas. Hace su ronda de saludos, escucha las conversaciones habituales, los proyectos de la carretera, del teleférico: las cosas mejorarán, y tú qué opinas, y no se hará nada de nada. Mientras tanto, se entera de si ha muerto alguien y de si hay que ir de visita.

Aguarda la salida de los niños del colegio, el nuevo mundo, las voces que continuarán cuando su armónica haya enmudecido. La vida sin él está ya en camino. Es de noche cuando regresa a su cabaña, dejando el rastro de los crampones sobre las placas de hielo. El bastón de cerezo tiene una punta de hierro para probar el camino, hace el ruido compañero de los pasos de un ciego.

¿Se había arrepentido de algo alguna vez? Aquella mañana caminaba y se entretenía adivinando alguna pregunta de la mujer. No, y además nada puede repararse después del daño. Solo se puede renunciar a volver a provocarlo. Le había ocurrido con las cabras montesas, que en otros tiempos cazaba. Le gustaba el carácter de aquellos animales, más afectuoso que el de los rebecos. En la manada, las cabras se intercambian caricias, rozamientos, se limpian el pelaje unas a otras. Entre hijo y madre hay un vínculo de vida y de muerte.

Había dejado de cazar cabras montesas, había sucedido lo siguiente. Disparó a un ejemplar en la niebla sin darse cuenta de que era una hembra y sin ver a su pequeño cerca. El animal herido en la escarpadura había intentado mantenerse aferrado a la roca clavando sus patas inseguras, después cayó hacia atrás, un salto hacia abajo de más de veinte metros. El pequeño, sin vacilación, saltó en el vacío de la niebla detrás de su madre, para caer de pie.

La madre había rodado de nuevo, precipitándose hacia abajo, una caída mayor incluso, y el pequeño voló tras ella una vez más.

Cuando el hombre llegó hasta el animal abatido, el pequeño estaba allí, algo vacilante sobre sus patas, con sus grandes ojos apacibles desolados.

No se había sentido capaz de destripar al animal en ese mismo sitio ante el cachorro, de descargar en el suelo los kilos de las vísceras para ahorrarse ese peso, había cargado con él entero a hombros.

Fue entonces cuando decidió su título de ladrón de ganado, ante los ojos del amo de todo, grandes apacibles desolados. Había que mirar aquel par de ojos para saber que había sido ponderado. Decidió que la caza de cabras montesas había terminado para él. Se extraen lecciones de los animales. No sirven para reparar nada, solo para terminar. No estaba arrepentido, no podía resarcir el agravio, podía renunciar. Las deudas se pagan al final, todas a la vez.

A los hombres les había dado el peso justo. Volvió a pensar en lo peor que había cometido y concluyó una vez más: hubo que hacerlo. Volvía a su peor para mantenerlo fresco, para no dejar que se secara. Un hombre es lo que ha cometido. Si lo olvida, es un vaso puesto del revés, un vacío cerrado.

No se arrepentía, porque no podía jurarse que nunca más. Con las cabras montesas sí, estaba seguro de que no volvería a disparar contra ellas. Con los hombres, lo peor era posible de nuevo.

Envejecer y no disminuir el paso, no apoyarse en un árbol, en un hombro. Cortar la misma cantidad de leña un otoño tras otro. Tenía ya lista la pila amontonada el año precedente, ya madura. Había cortado la fresca para dejarla reposar.

Lo malo de vivir en lo alto del bosque es que la tala ha de subirse. Le hacían falta setenta quintales, cortados, escuadrados,

cargados en cuévanos y transportados cuesta arriba. Aquel octubre había hecho más viajes para aligerar el peso de la espalda. El año próximo pensaba empezar ya en septiembre la provisión. Los viejos tienen que alargar los tiempos del trabajo, mientras las jornadas se acortan junto a las fuerzas.

Le había entrado el jadeo en la tala de octubre. Se tumbaba a menudo a mirar en lo alto el desbarajuste infantil de las nubes. Se le ocurría la idea de que la materia que lo rodeaba estaba compuesta de vida precedente y caduca. En las nubes estaba el aliento húmedo de los animales que había abatido y de los antepasados de los hombres. El terreno que lo sostenía estaba abonado con su polvo y con sus cenizas.

Cuando un hombre se detiene a mirar las nubes, ve discurrir el tiempo por encima de él, un viento que desarzona. Entonces hay que ponerse otra vez de pie y atraparlo de nuevo. Se levantaba para seguir trabajando, limpiaba las ramas laterales de los troncos, dejando los vástagos en lo alto. Al acabar la tala estaba agotado. El último cuévano chocó contra una ramita, la partió y bastó con ese escaso peso de más para hacer que vacilara y tuviera que hincar una rodilla en la tierra.

En casa, con el primer fuego encendido recobraba las fuerzas y la paciencia para llevar el día a su término. La noche perfecciona la obra tosca que se empezó al despertar, con el cielo aún oscuro. La noche bisela, pasa la última mano de papel de lija fino al día hecho a mano.

Su vida al hilo de las estaciones había ido a la par con el mundo. Se la había ganado muchas veces, pero no era cosa suya. Tenía que restituirla, arrugada después de haberla usado. Menudo acreedor de manga ancha era aquel que se la había prestado fresca y la recuperaba usada, ya para tirar.

¿Le hacía falta creer que había un capataz y que el mundo era su manufactura? No le servía para hablarle, para suponerlo a la

escucha, pero era una idea que le hacía compañía. Un amo de todo, si existía, no hubiera permitido que se estropeara lo suyo, no lo habría dejado irse al demonio en manos de la especie de los hombres. Un amo, si existía, se había emborrachado y había extraviado la senda de casa. Era mejor que no existiera. El hombre prosperaba en su ausencia. Había aprendido el bien y el mal sirviéndose él solo. Era imposible un amo de todo, pero aquel imposible le hacía compañía. Frente a un cielo que bajaba a la tierra para pasar la noche, le gustaba dar las gracias al capataz.

Eran ideas adecuadas ante el fuego para acompañar el charloteo de la leña que se deshace en las llamas y calienta la sangre. Hacía que la tibieza fuera ascendiendo desde los pies descalzos, que tenían derecho de precedencia. El fuego jugaba al corro con la leña, salpicando chispas sobre las baldosas de piedra de la habitación.

El reloj de cuco de encima de la chimenea le recordaba la voz de la primavera: quedaba tiempo de espera antes de que regresara la voz del cuco verdadero. Aunque el falso de cada hora imitaba bien al que se ocultaba en brazos de los alerces. Fuera, un alero encanalaba el agua de una pequeña cascada en una tina de piedra junto al umbral, que acababa rebosando. Tenía siempre prisa por marcharse el agua, no hacía compañía. Se preparó queso fundido, una rebanada de pan seco reanimado por el fuego y vació una pequeña jarra. Después sopló en la armónica el final del día.

En el que había de venir se reuniría con la mujer y su voluntad. Pero antes subiría a buscar un animal. Una hembra no, aunque sean más ligeras, a finales de noviembre están preñadas. Abatió una hace muchos años, con dos crías destetadas, y se asombró. Paren un único hijo y él había matado a la madre de dos.

El rey de los rebecos había aprendido a no temer a los rayos. Su especie se resguarda cuando en la montaña cae como un cierre metálico la tempestad. Entonces los rayos adentellan las rocas y les dejan la marca blanca de sus mordiscos. Su grupo se refugiaba bajo una cornisa, el rey no. Sabía que el rayo sigue ladera abajo la

montaña y se mete incluso en los espacios secos de cuevas y cavidades. Había visto rebaños de ovejas fulminadas así todas juntas. El lugar más seguro es al descubierto, lejos de árboles y refugios. Así se colocaba, dejando que el cielo le cayera fragorosamente encima. En la hinchazón de la borrasca rumiaba mejor su alimento preferido, los brotes de pino mugo y de enebro.

El rey sabía que el rayo avisa. Antes de lanzarse prepara un campo eléctrico en un área del suelo, por ahí pasa antes una corriente que hace vibrar el aire y resuena como los abejorros en vuelo. El pelo se eriza él solo, lo que quiere decir que uno está en el campo de la centella. El rey aguardaba la fricción del aire eléctrico en el cuerpo, el olor a metal y su picor seco en las fosas nasales, entonces se apartaba para salir del área de la diana. No inmediatamente: el roce de la electricidad en el pelaje hacía que saltaran las pulgas. Se apartaba a tiempo hacia lo alto. El rayo se estrellaba por debajo de él levantando una humareda de yunque y de forja.

Al rey le gustaba cuando la montaña está estrechamente abrazada con la tormenta y el viento. El águila no vuela y el hombre no sale. La tempestad borra las huellas de los rebecos, se lleva consigo su olor, hace otra vez virgen la tierra. El rey permanecía al aire libre hasta el último estruendo.

Si el rayo prendía algún incendio en el bosque, bajaba a su encuentro. Antes de arder, algunos árboles esparcen al viento sus semillas en una última entrega de fertilidad. Esos eran los que buscaba, cruzándose en su descenso con los corzos y ciervos que subían a ciegas resbalando sobre las rocas empapadas. A lo lejos, en el valle, el agua caída de las nubes se zambullía a empellones con las piedras y los troncos. Era la cola del arcoíris de la tormenta en fuga. Sobre su cuerno izquierdo regresaba una mariposa blanca.

Existe en las escrituras sagradas una expresión: vestido de viento de Elohim. Se refiere a un hombre marcado por una profecía que

ha de transmitir. Nadie excepto él sabe de qué vestido se trata. El rey de los rebecos estaba vestido de viento. En la tempestad se dejaba envolver por las ráfagas, eran su capa. Su pelaje brillaba hinchado ante el estallido de los relámpagos, el rey cerraba los ojos y se dejaba abrazar por el aire desatado. Estaba a salvo allá donde todas las demás criaturas advierten una amenaza. Tenía una alianza con el viento, su corazón latía ligero cargándose de la energía arrojada por el cielo contra la tierra.

Aquel día de noviembre y de cansancio el rey olfateó las nieves próximas, detrás de la curva breve del día de sol. Olisqueó la nieve amiga que haría que su especie se acurrucara en sus madrigueras de hielo. El sol daba su vuelta de despedida por los prados altos, la manada de rebecos estaba nerviosa. Habían olfateado al hombre y lo habían perdido después. Los machos no tascaban, arrancaban en breves carreras para birlarle algún olor al aire detenido. Su aliento apelmazado resoplaba como un silbido. Hacían ademán de breves desafíos interrumpidos, sin victoria, que no les correspondía a ellos.

En octubre y noviembre los machos se aproximan a las hembras y se enfrentan para establecer una clasificación. Los machos acaban debilitados por el fermento de los combates, perdiendo grasa necesaria para aguantar el invierno violento de las cumbres. En el grupo del rey no había duelos, los machos adultos esperaban que el rey acabara de cubrir a todas las hembras, después les tocaba a ellos. Uno ocuparía su lugar, sabían que era la última estación de supremacía de su señor. El rey, desde algún sitio, los vigilaba. Más alto que la manada, el hombre, tumbado sobre las piedras, esperaba con el fusil a su lado el ascenso que le pusiera a tiro. Perseguía al macho mayor por el trofeo del copete y de los cuernos. La carne del animal en celo era incomestible.

El hombre había asistido a duelos de rebecos de otras manadas. Admiraba su lealtad, jamás dos contra uno. Él llevaba en un costado el corte de un cuchillo traidor, una puñalada de uno del montón que lo había agredido. Los hombres han inventado los minuciosos códigos, pero, en cuanto se presenta la ocasión, se adentellan sin leyes. Había vuelto a coser la camisa, el corte le fue remendado por un enfermero, sin pasar por un hospital. Eran tiempos sin justicia. Practicaban una que se demostraba día tras día, entre las emboscadas que sufrían y las que realizaban.

«Ojos de hoz», había oído dirigir a una mujer ese cumplido. Era el acero bruñido del filo, de esa materia eran los ojos de la mujer. Ella conocía la atracción que su cuerpo desencadenaba en un hombre. Quién sabe cuántos se habían puesto en fila para obtener una sola mirada, cuántos se habían enorgullecido por el horizonte de sus ojos. De su juventud agitada, el hombre recordaba la desmaña de los hombres cuando intentan llamar la atención de una mujer. Lanzarse a una trifulca podía servir para una reputación, la voz fuerte, la frase dura podían resaltar en una mesa. Ante las mujeres, a los machos les salía la hinchazón del pecho de los pichones. Los hombres derrapaban ante las mujeres entre la limosna y la fanfarronería.

Él se entumecía para oponerse a la exhibición. No faltaron entonces mujeres que lo quisieron, como una piedra recogida del suelo. Sí, algunas veces lo habían recolectado. Después vino la desbandada de las filas, la montaña, la habitación en lo alto del bosque a la que ninguna había subido.

A esta última que le llegaba le había visto hacer el gesto de echarse el pelo liso hacia atrás, por encima de los hombros. Se parecía a una sacudida hastiada que aleja y se parecía también a una llamada para que le tocaran el pelo. Las mujeres hacen gestos de concha, que se abre tanto para echar fuera como para absorber hacia dentro.

En el encuentro de la aldea él había evitado sus ojos, su cara. Había permanecido con los brazos entrelazados, mirándoselos. La mujer veía que él se negaba a la atracción. No sabía si le resultaba fácil o penoso. Era una resistencia que no había que forzar con la seducción.

—¿Le molesta mi perfume?

—Contestaré a sus preguntas todas a la vez, ahora no.

Lo dijo intentando no resultar huraño, en voz tan baja que a la mujer le costó entenderlo. El hombre vio que ella no había oído bien y vio asimismo que no preguntaba «¿Cómo?». El «¿Cómo? ¿Cómo ha dicho?» le habría echado para atrás y la habría dejado allí.

La mujer permaneció perpleja justo el tiempo de probar un sorbo, un gesto que le sentó bien.

Se quedó mirándolo y después se le ocurrió decir:

—Usted tiene la cara de un zapato de cuero que ha caminado mucho y se ha adaptado al pie como un guante.

Él no reaccionó, pero tuvo que tragar saliva. Podía haberlo ocultado bebiendo un sorbo, pero no quiso y tragó saliva sin beber. Apartó los ojos de las manos y miró hacia la ventana que estaba a espaldas de la mujer. Una pajita de agua se dejaba caer desde una roca lejana, una línea blanca sobre una página negra, su ruido no llegaba hasta ellos.

La mujer se volvió a mirar también el punto en que él tenía fijos sus ojos. Así le ofreció la nuca, el tejido de pelo suelto que le caía liso sobre los hombros saltando la curva del cuello. Como el vuelo del agua sobre la roca, caía sin hacer ruido.

La mujer se volvió de nuevo hacia él, una torsión a la izquierda para desenroscar.

—¿Estaba mirando el agua?

El hombre frunció un poco los ojos, con arrugas a los lados, un ademán de sonrisa. Le había contestado. En la resistencia de su tensión, aquello era una mella.

No había tenido ocasión de casarse. Ante la idea, se veía a sí mismo como una figurita de mazapán, vestido de blanco y negro en lo alto de una tarta nupcial.

Soltó los dedos, alcanzó el vaso. Por el pecho le subió el mismo jadeo de la tala de octubre.

Hay caricias que añadidas a una carga la hacen vacilar. Bebió un sorbo y dejó la mano alrededor del vaso. Si en ese momento la mujer se la hubiera rozado, su resistencia, la carga y el cuévano se habrían derrumbado. No ocurrió. El jadeo regresó a su ritmo, se terminó el vaso, retiró la mano y se levantó. Pagó su vino, no el de la mujer, pues, si no, el tabernero se pasaría hablando de ello todo el invierno. En una aldea hay que saber vivir. En un lugar donde la gente se saluda llamándose por su nombre hay usanzas desconocidas para la ciudad.

Se había quedado dormido. Tumbado sobre las piedras boca abajo, con el fusil a la izquierda, la cabeza encima del brazo, había cerrado los ojos mientras miraba cómo una nube pequeña se asomaba negra tras una montaña de enfrente, al oeste. Una manchita de tinta, nada más, pero era el aviso de que se avecinaba el cambio. Había acabado dentro de sus pupilas mientras la miraba y se había quedado dormido. El sueño en el interior de los ojos es una mancha de tinta que se ensancha.

La primera noción sobre la mano derecha la recibe el niño por la señal de la cruz. Aprende a hacerla con la mano adecuada y por eso sabe que es la derecha. En la montaña es fundamental saberlo cuanto antes.

El hombre sabe usar ambas manos a la par. De pequeño,

aprendió a hacer la señal de la cruz con la mano izquierda. Depende del hecho de que los niños aprenden ante el espejo. La derecha del cura que tenía delante correspondía a su izquierda. El viejo murió y subió al pueblo un cura joven. Consiguió corregir el error persignándose ante los niños con la mano izquierda. Así aprendió él a usar ambas manos a la par. En las bifurcaciones de los senderos se orientaba llamando «primera mano» a la izquierda, y a la otra «la segunda mano». Disparaba con las dos.

El rey de los rebecos estaba por encima de él. Tenía en el hocico el olor del hombre y de su aceite repugnante, y debía resoplar para no estropearse el aire. Era un día perfecto, de nítidos confines entre un tiempo caduco y otro desconocido. El cansancio del cuerpo se emparejaba con la despedida de la estación buena. La nieve avanzaba por occidente, invisible aún, y se mezclaba con el buen olor de las hembras en celo, a las que él había cubierto en obediencia a la fertilidad. Se encaramaba sobre sus lomos para responder a sus llamadas, cumplía su voluntad de renovar vida y especie, incubando nacimientos en su regazo, el lugar más a salvo y cálido del invierno.

Tras cubrir una por una a las hembras en celo, permitía que el resto de los machos se desahogara. Pero a una rebeca joven que había entrado en celo de las últimas se la había arrebatado uno de sus hijos. Era un empellón que le arrojaba del trono antes de tiempo, un ultraje merecedor de un duelo. El rey estaba cansado de correr y saltar detrás de un hijo adulto malandrín. Era la última estación de la vida, su reinado, que había durado la enormidad de veinte años, estaba terminando.

También para el hombre la época de la caza tenía que acabar. En la naturaleza no existe la tristeza, el hombre espantaba la suya con la idea de que el rey de los rebecos también estaba muriendo en alguna parte sin un jadeo de tristeza, con el orgullo intacto. El hombre procuraba ser capaz. Moriría él también de hambre y de

frío un invierno sin conseguir encender el fuego. Era un buen final para los solitarios, un final de vela.

El rey de los rebecos supo de repente que aquel era el día. Los animales están en el presente como el vino en la botella, listos para salir. Los animales saben el tiempo a tiempo, cuando hay que saberlo. Pensarlo antes es la perdición del hombre y no ayuda a estar preparados.

Miró hacia arriba para despedirse del aire y empezó a moverse ladera abajo. Pisó el precipicio con los cojinetes de las patas sin desplazar un solo guijarro. La uña partida entre el dedo tercero y el cuarto se abría y se adaptaba a los escasos centímetros de apoyo. No era un descenso sino un arpegio. Llegó a diez metros por encima del hombre tumbado por debajo de él, con el fusil a un lado.

Entre tanto, este se había despertado y miraba hacia abajo, donde la manada inclinaba el hocico hacia el pasto. El rey de los rebecos permaneció quieto, erguido sobre el vacío, con la mariposa blanca en la punta de su cuerno izquierdo. Una bandada de alas negras bajó desde la cumbre sin grito alguno. El rey respiró con calma entre la cólera y el asco ante el asesino de su madre y de los suyos.

El hombre sabía prever, cruzar el futuro combinando los sentidos con las hipótesis, el juego preferido. Pero del presente el hombre no entendía nada. El presente era el rey por encima de él.

El hombre era una espalda fácil de pisotear. Saltando encima de él podía arrojarlo hacia abajo. El rey pesaba lo que el hombre, jamás se había visto ninguno de semejante talla. Se levantó el copete del lomo en señal de batalla. Sacudió el cuerno en el aire para liberar a la mariposa, golpeó con la uña de la pata en la roca, un ruido para que el hombre se diera la vuelta. No lo quería de espaldas, sino de frente.

El hombre se giró como una serpiente hacia el fusil a tiempo para ver cómo el rey de los rebecos se le echaba encima en caída libre con dos brincos ladera abajo. Era fuerza, furia y gracia desatadas. Un estrépito de gritos y una multitud de alas llamó a través de la montaña. Las pezuñas anteriores rozaron el cuello del hombre, las posteriores hicieron que su sombrero volara lejos. El rey había saltado sobre él rozándolo sin el menor rasguño y volaba ladera abajo hacia la manada que había erguido orejas y hocicos.

Era el viento vestido de patas y de cuernos, era el viento que desplaza las nubes y barre las estrellas. De haber estado en pie, el hombre se habría tirado al suelo para sujetarse, pero al estar tumbado de nada le servía aferrarse a las piedras. De haber caído sobre su pecho se lo habría hundido con las patas, arrastrándolo hacia abajo. El rey había saltado sobre él sin tocarlo, le había quitado el aliento y el sol el lapso necesario para que se sintiera perdido y se encontrara ileso.

Voló ladera abajo en caída libre, las uñas alborotaban contra las piedras levantando chispas mientras el hombre empuñaba el arma contra el hombro izquierdo y lo seguía por el punto de mira. Estallaban pequeñas avalanchas al paso del rey, una estela blanca.

Con el ojo abierto lo veía escabullirse inalcanzable, ya fuera de tiro. El rey le había vencido una vez más. La manada veía correr como un alud hacia ellos, en pleno día, bajo el sol, a su rey. No podían percatarse del hombre. Cada rebeco permaneció donde estaba mirando la novedad singular de su señor de las tormentas, saliendo al descubierto a su encuentro. El rey no llegó hasta ellos. Se detuvo de repente, se irguió clavando las patas delanteras y retrocedió. Escaló un peñasco puntiagudo, plantado sobre un detrito de rocas colgadas del vacío. Y permaneció allí.

Era el día perfecto, no volvería a enfrentarse a ninguno de sus hijos ni tendría que esperar al invierno para morir.

Aguardó allí, inmóvil y erguido, la bala de once gramos que le traspasó de arriba abajo el corazón. Murió antes de oír el fragor del disparo, un martillazo contra la hojalata del cielo. Cayó desde la cima del peñasco y rodó hacia los rebecos. Ahí vio el hombre algo que nunca se había visto. La manada no se dispersó en fuga, lentamente hicieron el gesto opuesto. Las hembras primero, después los machos, después los nacidos en primavera fueron subiendo hasta él, al encuentro del rey abatido. Uno a uno inclinaron el hocico hacia él, sin pensar en absoluto en el hombre emboscado. Tocaron con los cuernos, un ligero empujón, el lomo leonado y espeso del padre de todos ellos. Las hembras posaron dos golpes, los pequeños restregaron tímidos sus primeros centímetros en el manto invernal, oscuro ya, de su patriarca.

Nada era más importante para ellos que aquella despedida, en honor al más magnífico rebeco jamás existido. El hombre miraba, con el arma aún en el hombro, el cuerpo sobre los codos. Bajó el fusil. El animal lo había perdonado, él no. Nada había entendido de aquel presente que ya se había perdido. En aquel instante acabó también para él la caza, no volvería a disparar contra ningún animal.

El presente es el único conocimiento que sirve. El hombre no sabe estar en el presente. Se levantó y se acercó lentamente al animal que había matado. Baja, por encima de él, aguardaba una hilera de alas mientras desde occidente venía a su encuentro el frente de la nieve, precedido por una mancha de nube negra.

El hombre llegó hasta el rey, la manada seguía allí cerca, mirando. La más esperada victoria era gemela de una derrota que nunca antes había conocido. Despreció el instinto que le había alineado el tiro. Se le vino un esputo a la garganta y una humedad a la nariz, mientras los ojos se le empañaban. Ladrón de vida indómita, soberana, dejada sin vigilancia bajo el sol por el amo de todo: a menos que la vigilancia no le correspondiera precisamente a él, que se volvía ladrón. A él le correspondía defender. Contó los

anillos de los cuernos, los años acumulados en círculo. Valían más que los suyos, había matado a un viejo. Una punzada en el hombro izquierdo acusaba el culatazo.

Estaba de rodillas sobre el rey de los rebecos, que miraba a lo lejos por encima de él, ojos acostumbrados al cielo. El hombre se volvió a mirar en esa dirección, vio solo alas negras a la espera del pasto de las vísceras. Las obedeció, se arremangó y abrió con el cuchillo el vientre del rebeco. Excavó en la madriguera de la vida y la esparció mientras se evaporaba caliente, dejando el corazón para el final. El gesto repetido centenares de veces le ensangrentó el brazo hasta el codo. Decidió que no lo dejaría allí, limitándose a coger el copete y la cornamenta. Aunque esa carne fuera inservible, no quiso dejarla a los estragos de las alas negras. A ellas les correspondían las vísceras. El rey de los rebecos no debía acabar con los ojos picoteados por los grajos. Decidió cargar con él y llevárselo a algún sitio, para enterrarlo, tras haberle cogido el trofeo. No volvería a disparar. Ahora sabía qué contarle a la mujer.

Intentó levantar el animal, jamás había visto uno de tanto peso. De rodillas, apretó primero las ancas posteriores apoyándoselas sobre un hombro, después intentó cargarse el resto sobre la espalda. Le hicieron falta dos sacudidas violentas para sujetar el animal sobre sus hombros, con las patas colgando sobre el pecho.

Cogió el fusil y se encaminó ladera abajo con pasos cortos y el aliento aplastado. La manada asistía inmóvil, los pájaros en vuelo estaban con las alas quietas. Giró y se perdió de vista, entre las rocas y los pinos mugos. La cabeza magnífica del rey colgaba de uno de sus hombros y se balanceaba.

Una campana sonó tras sus pasos pesados, la de mediodía, pero los tañidos se perdieron en el aire. Se detuvo, jadeando. Permaneció de pie para ver si conseguía tomar aliento o si debía depositar el animal para recobrar fuerzas. Tenía que llegar hasta un nevero al norte, donde el rebeco se conservaría bien. Después subiría con

una pala para excavarle una fosa.

Permaneció de pie con el animal encima para comprobar si el cuerpo aguantaba. Una mariposa blanca voló a su encuentro y a su alrededor. Bailó ante los ojos del hombre y sus párpados se le volvieron pesados. Los cuévanos repletos de leña, los animales transportados a hombros, los asideros aferrados con la última falange de los dedos: la carga de los años silvestres le presentó la cuenta sobre las alas de una mariposa blanca. Contempló el vuelo entrecortado que revoloteaba a su alrededor. De su hombro colgaba hacia atrás la cabeza del rebeco. El vuelo acabó posándose sobre el cuerno izquierdo. Esta vez no pudo espantarla. Fue la pluma añadida a la carga de los años, la que la derrumba. Se le oscureció la respiración, las piernas se endurecieron, el latido de las alas y el latido de la sangre se detuvieron al mismo tiempo. El peso de la mariposa había acabado sobre su corazón, vacío como un puño cerrado. Se derrumbó con el rebeco sobre los hombros, con la cara hacia delante.

Se los encontró un leñador en primavera, uno encima del otro, tras un invierno de nieve gigantesca. Estaban tan enredados que solo podía separarlos con el hacha. Los enterró juntos. En el cuerno izquierdo del rebeco estaba moldeada con hielo una mariposa blanca.

Visita a un árbol

Se asoma desde la roca a un abismo. Su cepa inicial estaba al borde y fue destruida por un rayo. Entonces las raíces volvieron a lanzar hacia fuera, por encima del vacío, una rama horizontal. De ahí volvió a ascender hacia lo alto: el árbol está apoyado así en el aire, como un codo sobre una mesa.

Es un pino cembro, pariente del abeto, aunque de ramas más tupidas y solitario, poco adecuado para servir en Navidad como sus semejantes diezmados en los bosques de laderas más fáciles. Aquí está a dos mil doscientos metros de altura, con los últimos troncos que se aventuran a tanta altitud, apoyados contrahechos sobre vertientes escarpadas, ofreciendo un ángulo recto al cielo.

Nadie sube a cortarlo, demasiado arriesgado asomarse al vacío, arrastraría consigo al leñador. En verano recibe el primer sol a las seis, que se asoma por detrás de una cumbre de Fanes. Una vez al año subo a saludar al árbol, me llevo para escribir y me siento a sus pies.

A dos metros de él, al oeste para ser más precisos, brotan de las piedras cuatro flores de las nieves, un principio de constelación.[1]Unos metros más al oeste un pino mugo acurrucado en el suelo esparce sus ramas en círculo. Dentro vive la víbora, la oigo resoplar y calmarse después.

Un árbol solitario tiene un recinto invisible, tan ancho como la sombra que ha de depositar a su alrededor. Antes de entrar allí, me quito las sandalias. Me tumbo bajo su luz.

El pino cembro es capaz de bifurcarse en dos ramas

principales, algo imposible para el abeto y el alerce. El tronco de este de aquí arriba tiene dos brazos elevados, paralelos, uno es para el rayo. Sabe que es un blanco, la altura solitaria lo comporta. Nació de la descarga que mató al tronco que le precedió. El rayo es su padre secundario. Varias paternidades se reducen a causas, sus hijos, a efectos. La Tierra es su madre, a la que se aferra como pulpo de roca.

Cuando la nube se vuelve densa y gris, y se enrosca alrededor de la montaña, una corriente temblorosa recorre la superficie. El alpinista, si se encuentra allí, la siente refregándose contra él, cual caricia de algodón empapado que restriega la parte antes de la jeringuilla. El rayo está precedido por una estregadura del cielo sobre la tierra.

El pino cembro conoce el estremecimiento que le ilumina las ramas con una aureola. En ese momento, deja de respirar, de hacer que ascienda la linfa: baja las agujas y espera. A veces sucede que la nube se desplaza para descargar en otra parte su fiebre. El estruendo sobre otras rocas es el aviso para reemprender la respiración.

Entre un árbol y un hombre la conversación se desliza hacia los rayos. Yo le cuento los míos. Sobre la Tofana di Mezzo llevaba ya más de mil metros subidos. Voy a menudo solo. Soy de la especie del pino cembro y no de la del abeto.

Se amontonaban las nubes alrededor de la montaña, yo subía adentrándome en ellas. Me gusta estar allí, más que bajo el cielo despejado. Añaden un silencio constreñido, adensan la soledad. La soledad es una clara, la mejor parte del huevo. Para la escritura es una proteína.

La nube adherida a la Tofana empezó a desmigajarse en granizo. Se acabó la soledad que hace ágiles los pasos. Los agarres que se tocaban se cubrieron de granadina blanca, los apoyos de las sandalias habían de ser remachados para no resbalar.

Los dedos con el granizo han de ser ágiles, si se demoran sopesando la presa pierden sensibilidad. Los guantes dejan de servir, hace falta el contacto de las falanges para dar algo de precisión a gestos en los que no puede uno equivocarse.

El pino cembro sabe esas cosas, sostiene sobre sus agujas la nieve y la cristalería del hielo. No alberga nidos, aquí arriba no.

Yo ascendía en la nube y el granizo se adensaba. Un pasaje algo brusco, sencillo de haber estado seco, me supuso un empellón al estilo gallina ciega. Intenté mirar hacia arriba, pero el azote del agua en los ojos me lo impidió. Me di impulso y apoyé una rodilla sobre una terracita en cuesta. Fue un gesto torpe, al pino cembro le molestó. La elegancia en los movimientos es para él una necesidad. Jamás es desmañado un árbol, ni siquiera cuando se derrumba debido al hierro del leñador.

Desde ese momento su vida es madera, viaja lejos, hacia los aserraderos, se convierte en casa, barca, guitarra, mango, escultura. Será elegante incluso si cae en manos de un asesino. Desde ese momento está prometido a las cenizas.

Le digo que los dos seremos pronto obreros de Babel, despedidos de la empresa. Pero si se nos interroga, diremos que vimos el final de la obra. Nuestra torre en el aire se habrá completado.

Casi en la cima de la Tofana, cien metros por debajo, el plástico del chaquetón restaña, se estremece, chisporrotea. La corriente eléctrica que precede al rayo se esparce sobre la superficie de la roca húmeda. Estoy en el campo de la descarga, que crepita, vibra. La montaña avisa que nos quitemos de ahí. Hacia dónde, no puede decírmelo.

Cuando sucede, lo que me sale es inclinar la cabeza sobre el pecho, doblar la espalda y desplazarme de lado. El pino cembro

sacude su cepa, sabe que no sirve de nada bajar la cabeza. El relámpago no es un murciélago que se pega al pelo. Busca el hierro que está en la sangre.

Lo que hay que hacer, en cambio, es ponerse rígido y pegarse al suelo. Aunque no te caiga encima, basta con que descargue a tu lado para dar un empellón al aire, tan fuerte que te levanta y te arroja al vacío. El pino cembro en el campo del relámpago baja las agujas pero no el chorro más alto, que en el valle llaman vela.

Yo, en cambio, me he desplazado de lado como un soldado bajo el fuego enemigo. A mis espaldas ha estallado sobre la roca el mazazo del rayo, mil veces un herrero sobre el yunque. He visto su llama por detrás, por la nuca. El estallido es el de una granada entre los patios, pero eso el pino cembro no puede saberlo, nada sabe de granadas ni de patios. Por eso no le he dicho nada.

El rayo no me ha arrojado al suelo pero he perdido durante un seco segundo el contacto con la tierra. Me he clavado a donde estaba, con las manos y los pies metidos en el blanco granuloso del granizo.

Eso el pino cembro lo sabe, después de la descarga lo instintivo es quedarse quieto, la linfa tarda en arrancar de nuevo, las ramas se nombran en el recuento y las raíces preguntan a las hojas si ha empezado el fuego en algún sitio de los alrededores.

El frío en los dedos me puso de nuevo en pie y proseguí la ascensión. Caía con estruendo el jolgorio del granizo, los pasos crujían, yo barría los agarres. Es el abrazo de cielo y tierra, se tocan los extremos opuestos. Es un abrazo nupcial. Quien se halla allí pide disculpas por haberse entrometido en la intimidad. Alrededor, los rayos montan guardia y espantan a los intrusos con los latigazos de sus luces.

El granizo me baqueteaba el dorso de las manos que buscaban la roca. Había llegado a diez metros de la cima, veía la cruz pararrayos. Al pino cembro le haría falta una en los alrededores y en cambio están todas en las cumbres, donde no hay árboles que proteger. He visto la cruz, término de la ascensión para quien va a

los montes, término del descenso a la tierra de la vida narrada por los evangelios.

El impulso del alpinista me hace seguir subiendo para alcanzarla, completar los pasos, pero empieza otra vez a chisporrotearme el plástico encima, estoy otra vez en el campo del rayo. La superficie a mi alrededor gruñe en señal de aviso y entonces pido disculpas, me acurruco y me alejo rápido de allí con la cabeza gacha hacia un refugio seco, donde el aliento resuella vapor, contento de ascender.

He terminado el relato, el pino cembro, entre tanto, ha desplazado su sombra. A la hora de la puesta del sol imprime su forma sobre la roca de enfrente, nítida como sobre la nieve fresca. Los árboles de montaña escriben en el aire historias que se leen tumbados debajo.

Aguardo la primera oscuridad, que borra la sombra de la roca de enfrente. En cuanto desaparece, asoma la primera estrella por encima de Fanes y los grados de tibieza bajan alegres y ágiles de la escala. Me decido a retirarme cuando me pica en la nariz el principio de la noche. El huésped de un árbol debe esfumarse a la hora en que se retiran las sombras.

Existen en la montaña árboles héroes, plantados sobre el vacío, medallas en el pecho de los despeñaderos. Subo cada verano a visitar a uno de ellos. Antes de marcharme, monto a caballo en su brazo sobre el vacío. Los pies descalzos reciben el cosquilleo del aire abierto sobre centenares de metros. Lo abrazo y le doy las gracias por durar.

Notas

1. El sentido de esta frase se basa en que el nombre del *edelweiss* o flor de las nieves es en italiano «estrella alpina». *(N. del t.)*

El peso de la mariposa
Erri De Luca

Título original: *Il peso della farfalla*

Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán
Publicado con el acuerdo de Susanna Zevi Agenzia Letteraria, Milán

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Fotografía de la cubierta: © Christoph Oberschneider / Arcangel

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-322-4114-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!